



INDIOS DEL ESTADO DE VERACRUZ,

CAPITULO XVII.

Antes del Sitio de Puebla.

Por cerca de un año los gobiernos mexicano y francés continuaron, después de la batalla del 5 de Mayo, preparándose para la próxima é inevitable contienda.

Juárez se hallaba detenido por la actividad de los conservadores y bandas de ladrones que asolaban al país continuamente. Eran también obstáculos para sus planes la falta de fondos para llevar á cabo sus preparativos de guerra y la pobreza de la nación, resultante del estado inestable de cosas consecuencia de la guerra civil que la había devastado por varios años. Pero con la determinación india característica que siempre le distinguía, consagró toda su energía á colocar la ciudad de Puebla en aptitud de defensa, no obstante que á pesar de todos sus esfuerzos, un experto crítico militar caracteriza las fortificaciones de Puebla en 1863 como de tercera clase. En otros términos, no eran las adecuadas para resistir un sitio serio y prolongado ó un ataque resuelto y decisivo por parte de un enemigo tan bien organizado y afamado por su valor y cualidades guerreras como los soldados franceses.

Pero aún cuando Juárez no había logrado hacer de la ciudad de Puebla una posición propia para sostener un sitio prolongado y vigoroso simplemente por falta de fondos para la ejecución de los trabajos necesarios, en cambio había podido reunir dentro de la ciudad un ejército de 23,930 hombres, muchos de ellos mal armados y disciplinados, siendo la mayor parte reclutas sin adiestramiento militar previo. Un examen de las condiciones de la guarnición muestra la desproporción que guardaba la infantería con los otros elementos componentes de las fuerzas defensoras. El informe oficial indica que había 19,357 infan-

tes, 3,205 soldados de caballería, 1,196 artilleros y 172 individuos del cuerpo de Ambulancia. Si la infantería hubiese estado bien armada con fusiles modernos, la desproporción no había sido tan grande, pero muchos de los mosquetes para esa arma eran de modelo anticuado, la munición escasa y muchos de los fusiles prácticamente inútiles por estar muy enmohecidos y otros tan fuera de servicio que su uso se hacía realmente peligroso.

Pero era artillería efectiva la que más falta hacía en la plaza. Dentro de los muros de Puebla existían sólo 166 cañones y obuses, un número en sí muy insuficiente, aún siendo todos de la mejor clase, para resistir á un enemigo tan determinado y resuelto como los franceses, y más insuficiente todavía porque muchos de ellos se hallaban casi inservibles por su antigüedad y falta de cuidado: Había además 12 morteros, la mitad anticuados y de corto alcance, y sobre todo un muy reducido número de artilleros, que en conjunto correspondían siete á cada pieza, incluyendo reservas tomadas de otros departamentos del ejército, debiendo ser, bajo las condiciones entonces existentes de la artillería, de 18 á 20 hombres por pieza. La fortaleza carecía también de municiones. Para los cañones y obuses existían sólo 166 proyectiles; para los morteros 100 y para las armas pequeñas 95, por pieza respectivamente. Esto basta para mostrar que á pesar de los esfuerzos hercúleos de los liberales cerca de un año, la Ciudad no estaba en condición de resistir un sitio prolongado ó un asalto determinado. Faltaban en lo absoluto en la guarnición artilleros de clase auxiliar para substituir las plazas regulares asignadas á ese departamento del ejército. De este modo los cañones, ya de por sí en su mayor parte insuficientes é ineficaces, estaban en peligro de ser del todo inútiles por las bajas causadas durante el sitio en el número de artilleros disponibles.

Este cuadro es ya bastante sombrío; pero aún presenta un peor aspecto. La provisión de pólvora para armas pequeñas y para minas que poseía la guarni-



GENERAL PORFIRIO DIAZ EN 1863.

ción era insuficiente y los víveres dentro de los muros de la Ciudad apenas si bastarían para mes y medio. Así es que aún cuando las fuerzas llegaban á cerca de 24,000 hombres, su capacidad efectiva de combate no llegaba á la mitad de esa cifra debido á muchas deficiencias en las líneas de defensa y á escasez de implementos militares y provisiones. Por lo tanto, tan considerable número de hombres en el interior de la ciudad, constituía más bien una amenaza que un elemento para la defensa de la misma.

Pero si la guarnición hubiese estado resuelta á resistir hasta la muerte, otra cosa podría decirse. Mas la ciudad en sí misma se hallaba dividida. Industriosamente se habían hecho circular entre los soldados informes exagerados sobre las fuerzas francesas; se describía su ferocidad con los más sombríos colores y de boca en boca, entre todos los que se hallaban en la ciudad, corrían historias acerca de que muchos transportes de tropas francesas venían en camino hacia México, para reforzar á los sitiadores, si no lograban apoderarse inmediatamente de Puebla, ó al menos dentro de un plazo relativamente corto. Todo lo cual tendía á desanimar la guarnición. Agréguese á esto que en la fortaleza había millares de indios que escasamente vislumbraban el porqué de la lucha y que más deseaban hallarse en las serranías de su tierra natal que encerrados dentro de la ciudad sitiada. Estos indios constituían más bien un estorbo que una ayuda para el ejército defensor.

Además, el partido conservador tenía agentes en Puebla quienes malévolamente iban esparciendo los gérmenes de descontento y discordia entre los soldados de la guarnición, entre sus esposas, familias y amigos. De este modo prevalecía en el interior de la ciudad sitiada una viva impresión de desaliento que á veces llegaba á los bordes de la desesperación, entre una gran proporción de los habitantes, quienes no creían en el éxito de la resistencia por algún tiempo contra el enemigo acampado ante los muros de la población.

Juárez había, además, antagonizado al partido clerical, que constituía una gran proporción del partido conservador. Y por lo tanto halló que la poderosa maquinaria de la iglesia era usada en su contra aún en el interior mismo de la ciudad de Puebla. De este modo la carencia de confianza y falta de provisiones, artillería y artilleros, unida á la simpatía de una parte de la ciudad hacia los conservadores y la indiferencia de otra parte considerable, que dejaban de comprender las cuestiones en boga, tornaron la moral de la ciudad sitiada poco favorable para una prolongada y eficaz resistencia y las condiciones prevalentes dentro de la ciudad no eran sino un indicio de las dominantes en todo el país. La nacionalidad mexicana existía solamente en ficción. Unidad de ideas, de miras, de aspiraciones, no había alguna en 1863. Los sentimientos de patriotismo se hallaban confinados entre una pequeña porción de los habitantes y la lealtad al gobierno federal aun mucho menor por ciento de la población. México se había independizado del régimen español; pero continuaba aún siendo esclavo de sus propios prejuicios, costumbres, prevenciones locales y animosidades. Los Estados se sentían celosos del poder de la autoridad federal y de sus propios intereses locales y viceversa á las facciones de partido habían logrado captarse aquella lealtad que debiera siempre haberse mostrado unísona para dar ser al verdadero patriotismo y fuese de uso efectivo en la defensa del país contra sus enemigos.

Juárez pudo heroicamente afanarse por más de un año para poner al país en un estado de defensa; pudo hacer esfuerzos sobrehumanos para proveer de implementos de guerra y defensa á la ciudad de Puebla, llave de la situación en la antiplanicie central; pudo reunir en torno suyo á los mejores ingenieros y oficiales que era posible obtener y á los más heroicos adictos á su causa; pero no podía rehacer al pueblo de México ó cambiar su actitud hacia el Gobierno; no podía en un mes ó en un año hacerle abando-



BENITO JUAREZ.

nar sus prejuicios, sus animosidades, sus sentimientos facciosos y á su falta de interés general en el gobierno, pues esa actitud era fruto de dos generaciones de contienda civil y de más de tres siglos de aislamiento y localismo, industriosamente alentados y fomentados durante el período colonial y sustentado y cultivado por las circunstancias y los jefes de partido durante la vida de la República. No podía crear de nuevo á México. Eso sólo el tiempo y las circunstancias podrían hacerlo y en aquellos momentos las últimas parecían militar aparentemente en contra del heróico Indio que lleno de resolución hacía frente á un océano de vicisitudes, cuya creciente marea le era imposible dominar.

Y sin embargo, aquellos elementos que aparentemente se oponían á la unidad del pueblo mexicano, eran los mismos que secretamente cooperaban á ese fin. Los vastos preparativos que los franceses hacían para la sumisión del país en nombre del partido conservador; la altivez de los invasores; su desprecio abiertamente manifestado hacia el pueblo mexicano; la arrogancia de los conservadores que habían recibido empleos importantes y de confianza bajo los franceses; los excesos cometidos por los invasores y sus aliados los conservadores; los penetrantes gritos de prevención de lo pocos jefes conservadores; los acerbos ataques de los brillantes periodistas liberales del día y los clamores acendrados en demanda de libertad, dados por hombres activos y de talento como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Riva Palacio, fueron las movientes arenillas que indicaban en qué dirección soplabá el viento. El espíritu de resistencia que fué gradualmente engendrado en contra del enemigo común del país, fué el instrumento creador del primer lazo de unión real entre el pueblo mexicano desde los días de lucha por la independencia. En él fructificaron las simientes de la verdadera nacionalidad mexicana, aquella que brotó y ha crecido vigorosa durante el último cuarto de siglo. Ella dió al pueblo mexicano lo que más necesitaba, una causa,

una inspiración, una necesidad para la liga de intereses comunes de unidad de acción. Y la lucha de los dos últimos años contra el imperio en realidad dió nacimiento á la apreciación de la nacionalidad mexicana, sentimiento que antes no había existido. Fué un sentimiento que participaba de aspiraciones exageradas y miras políticas; era una tendencia á menudo impracticable; fué exuberante hasta tocar á veces los límites de lo ridículo. Pero era la gran necesidad política del pueblo mexicano.

Juárez, naturalmente, como la figura central de esta lucha contra los franceses y el imperio, fué exaltado hasta los cielos por sus amigos y adherentes é insultado hasta la bajeza por sus enemigos. Esto explica el homenaje que hoy en día en todas partes de México, rinde el partido liberal al gran indio.

Es un culto que raya á veces en la deificación. Es absurdo si se quiere; pero no por ello es menos sublime, porque esa adoración es la personificación de la nacionalidad mexicana y de los principios liberales á que aspira. Es la deificación de las esperanzas y aspiraciones de una nación.

Pregúntese á los liberales por qué juzgan á Juárez como el más grande estadista que México ha producido, y os dirán que porque es la personificación de los principios liberales y porque salvó á su patria de ser hollada bajo la planta del déspota. Pero México está aún lejos de ser políticamente libre, porque no está aún educacional, social é industrialmente apto para una completa libertad política. Aún Juárez llegó á reconocer esta verdad durante los últimos años de su administración: y Díaz, que surgió en su carrera política como un rabioso constitucionalista y decidido advocador del sufragio del pueblo, ha tenido que reconocer, en los últimos años, que lo que aparece políticamente sublime en teoría, puede resultar en aplicación práctica, manifiestamente impracticable.

Pero aún cuando México no ha realizado los ideales de la democrática y liberal constitución de 1857, ha perseverado sin embargo en su afán de alcanzar

ese fin, desde que se levantó, prácticamente como una sola unidad, en contra de la intervención francesa, durante el último año del gobierno de Maximiliano.

El avance de la instrucción pública, la desesclavitud del peón, la mejoría en la condición de todos los habitantes, la libertad de la prensa, la propagación general del conocimiento, el avance de la clase media, la creación de vías de comunicación, la aparición de grandes diarios y periódicos de todas clases: todo revela el despertar de una nación. Políticamente es México aún un infante en pañales; pero un infante lleno de vigor y robustez vitales, que promete grandes cosas para la edad madura que se acerca rápidamente. Este infante nació de la unión de los principios liberales advocados por la constitución de 1857 y la lucha contra la intervención francesa, pero ha recibido la más cuidadosa y solícita atención y desvelo por parte de la administración actual, quien con justicia ha visto en este infante una promesa de lo más halagüeña; pero que requiere en su desarrollo el mejor cuidado, dirección y preparación para que en su mayoría de edad y años de discreción, tome cuidado de sí mismo. Esa educación se prosigue rápida y concienzudamente con el niño que vió la luz en aquellos años de sangrienta y amarga tristeza y que promete ser digno de los sacrificios que le dieron el ser.